

## CAPITULO V

(Continuación)

### LA PROMOCIÓN INTELECTUAL ARIELISTA

*Primer tercio del xx.—Manuel Ugarte y sus campañas contra el imperia-  
lismo yanqui.—F. García Calderón y Arturo Torres, sus estudios sociológico-  
culturales sobre la América Latina.—Academismo, verbalismo, galicismo.—  
Vallenilla Lanz, un discípulo infiel.—El cesarismo democrático, doctrina fa-  
laz.—Jiménez López; el pesimismo racial sudamericano.*

A la vasta influencia ejercida por Rodó —especialmente en “Ariel”, su núcleo doctrinario— en toda América, durante el primer tercio del siglo, suele dársele la denominación de “arielismo”. Aunque usado por varios publicistas, ha sido el peruano Luis A. Sánchez, en sus trabajos histórico-críticos, y mayormente en su “Balance y Liquidación del Novecientos”, quien más ha manejado y difundido ese nombre, dándole la interpretación unilateral que impone su ideología marxi-aprista, según se anota en el capítulo referente a este autor.

Prescindiendo de esa interpretación unilateral, está el hecho histórico de aquella vasta influencia continental ejercida por el libro epónimo y la numerosa promoción de escritores que se señalan en el campo de la ensayística durante ese período, cuyo carácter se define por el signo mismo del pensamiento de Rodó: la reacción del humanismo tradicional latino, de sus valores (o *idealidades*) intelectuales y estéticos, frente al seco positivismo y utilitarismo pragmático (éste, representado entonces por la América del Norte). Tal es lo que definiría en verdad el arielismo, como común denominador, justificando el nombre, no sin advertir que, en general, en su mayor parte, la ensayística de esta promoción se caracteriza igualmente por su tendencia a cierto academismo, es decir, a una especie de retórica de ideas, de tópicos, débil de verdadera sustantividad concreta y por encima de la realidad

histórica. Esta realidad suele sustituirse, en algunos escritores —como se señala en los ejemplos— con el material teórico, libresco, del positivismo científico que es su base. Advirtamos aún, que, tal tendencia académico-verbalista, está ya implícita, en cierto modo, en el mismo Rodó, como un peligro cierto, contenido en él dentro del perfecto equilibrio de su norma, pero que en sus discípulos, fatalmente, entra en crisis.

Nada diremos de esa profusa glosa arielística que se escribe en todas partes, de Chile a las Antillas, durante treinta años, carente de valor crítico, ya que la actitud ortodoxa inhibe en tal abundante bibliografía el rigor lúcido del examen, la medida severa del valor. Se está en la procesión del arielismo, se marcha en él; luego, no puede juzgársele. Pero no es de esta profusa literatura apologética —cuyo solo fichaje llena un tomo de doscientas y tantas páginas de la bibliografía publicada en Montevideo por el señor Scarone, llegando sólo hasta 1930— que corresponde tomar nota en este capítulo. Nuestra atención ha de dirigirse hacia aquellos escritores que, adocotrados en "Ariel", ofrecen, sin embargo, obra propia, de mayor o menor significación dentro de la ensayística americana. Y aun dentro de esta promoción, también numerosa —y en la que, por supuesto, abunda el mero verbalismo— es preciso seleccionar algunos nombres de mayor entidad, los que han alcanzado prestigio más continental, tales como los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, del Perú, Carlos Arturo Torres, de Colombia, Manuel Ugarte, de Argentina, Gonzalo Zaldumbide, de Ecuador, Vallenilla Lanz, de Venezuela, y otros, que aparecen en el curso de estas notas. Torres y Calderón, por ejemplo, llegan hasta aquí auspiciados por prólogos del propio Rodó. No todos presentan uniformidad de posiciones; al contrario, se dispersan en direcciones distintas, y aun opuestas, como suele ocurrir con los hermanos de una misma proge, sin que por ello dejen de mostrar la identidad de sus orígenes. Toda gran escuela es como un árbol cuyas ramas crecen en varias direcciones; la más universal y múltiple de esas grandes escuelas, el hegelianismo, nos presenta el ejemplo mayor de sus diversificaciones opuestas, desarrollándose en el sentido de su extrema derecha y de su extrema izquierda; vemos que esta última ha llegado hasta la mitad del siglo xx, por vía del mate-

rialismo dialéctico. Así, en plano menor, no es extraño hallar en la generación arielista, cuyos rasgos reseñamos, frutos muy dispares.

\*  
\*      \*

Manuel Ugarte, por ejemplo, poeta, cuentista, crítico, periodista, polígrafo ágil y dinámico, ha escrito en el género del ensayo "El Porvenir de América Latina", "El Destino de un Continente", "La Patria Grande", "Mi campaña Hispano-Americana" y otros libros aparecidos en el primer tercio del siglo, los más de ellos recolecciones de artículos, conferencias, discursos, ya aparecidos antes en la prensa, y en todos los cuales se trata, casi exclusivamente, el problema de la independencia económica, política e intelectual de los países de este Continente, y de su unidad moral frente al imperialismo de los Estados Unidos del Norte.

Este tema del imperialismo yanqui y de la unidad latino-americana, característico de este escritor, surge en el repertorio ensayístico del americanismo en la década primera del siglo, después de la aparición de "Ariel", en cuyas páginas todavía no tiene mención. La forma de imperialismo a que Rodó se refiere entonces es puramente cultural y se ejerce por el poder de la sugestión avasallante que, sobre la conciencia de los sudamericanos cultos, había cobrado el ejemplo del enorme progreso de los Estados Unidos, su potencialidad y su grandeza, atribuidos al positivismo práctico de sus normas de educación y de vida. Hasta donde, no obstante, el movimiento anti-yanqui suscitado después de 1900, es también, en gran parte, un efecto de "Ariel", puede comprobarse en el hecho de que todos sus ardorosos propagandistas repiten, glosan y hasta hiperbolizan los conceptos de aquel libro, acerca del humanismo latino que debe ser norma de estos pueblos, haciendo de ello una bandera de lucha intelectual y política contra el titán del norte. Pero, nuevos hechos han ocurrido en el plano de la realidad político-económica que determinan esa violenta campaña, cuyos términos, desbordando lo estrictamente cultural, invaden los campos de lo internacional político.

En el primer lustro del siglo y principalmente bajo el gobierno de Teodoro Roosevelt —a quien admira y reta en cantos Rubén Darío— el fenómeno de la expansión económica estadounidense, apoyado por una política internacional de hegemonía panameri-

cana (Doctrina Monroe) que prácticamente se resuelve en el predominio del capitalismo de Wall Street sobre la vida de estos países del Sur, sometidos así a una tutela —que se apoya en la intervención militar si es necesario— se convierte en la preocupación dominante de la intelectualidad hispanoamericana, en el tema obligado de sus revistas, de sus congresos estudiantiles, de su oratoria. Lo que en "Ariel" es sólo peligro espiritual —el de la imitación— se convierte en el peligro real de una conquista político-económica inmediata, efectuada por la banca y la industria del Norte. El problema está documentado en hechos tan concretos y flagrantes como los varios conflictos oficiales que los Estados Unidos ya han tenido por entonces con algunos países, las varias intervenciones y la imposición de gobiernos cómplices, pagados con el oro de las grandes empresas.

Enrique José Varona es quien estudia, por entonces, el fenómeno, con más estricta objetividad sociológica, lejos de la oratoria encendida del movimiento a que corresponden los libros de Ugarte. La aparición de "El imperialismo a la luz de la sociología", en 1906, marca el punto crítico de esa campaña. El capital norteamericano, en su proceso de crecimiento y expansión, busca naturalmente campos propicios de explotación industrial o de empréstitos a alto interés hipotecario, o mercado de consumo para su exceso de producción, ¿y dónde, sino en la América Latina, rica en recursos naturales, en materia prima, pero pobre, muy pobre en capacidad técnica y social de trabajo, con gobiernos necesitados de empréstitos que refuerzan sus rudimentarias y menesterosas economías? La América del Sur es el campo propicio a la absorción de ese expansionismo económico yanqui. Pero el carácter típico de ese imperialismo capitalista es la subordinación de los países —y sobre todo de los países pequeños— a los intereses de las grandes empresas que les someten a su arbitrio, embargando hasta su propia soberanía. Cuando el poder del oro no basta, se recurre al desembarco militar. La escuadra está detrás del negocio. A esto se le llama *la diplomacia del dollar*. Y así, lo que era en Rodó *admiración pero no amor*, por aquella civilización utilitaria y poderosa del Norte —"cartagineses", les llamarían los del sur, un poco más tarde— se convierte en odio activo en una gran parte de la joven intelectualidad de habla hispana, inflamando discursos y manifiestos. Son éstas, por lo demás, las

únicas armas que pueden oponer, por entonces, al hecho fatal de aquel imperialismo.

Manuel Ugarte, por su ardor y por su actividad, casi enteramente dedicadas a la cuestión, después de haber publicado en París, en Madrid y en América, libros de versos, de crónicas, de crítica literaria, en los que profesa su fervorosa fe estética modernista, se convierte en el más esforzado y resonante paladín de la campaña anti-imperialista emprendida en todos los países del Continente, soliviantando la pluma de todos los escritores, en prosa y en verso, como en una movilización general de sus fuerzas intelectuales. El tema y el problema son, entonces, de tal modo imperiosos y absorbentes que, hasta el mismo Rubén Darío, sale de su torre de marfil para lanzar anatemas y profecías en versos bronceados, contra el poderoso dominador de Manhattan.

Pero lo que caracteriza más especialmente la campaña de Ugarte, documentada en sus libros, es su oposición, casi su guerra santa, a la fórmula del panamericanismo, proclamada por Washington, que juzga falaz y capciosa, de una política internacional hegemónica, absorbente, y como tal, instrumento de imperialismo; preconiza, en cambio, la unidad continental de los países del Sur, la formación de un block moral de resistencia, de una anficiónía de los pueblos latinoamericanos frente a los Estados Unidos. Tal tendencia, profesada y sostenida desde entonces y hasta hoy por la mayoría de la clase intelectual de estos países, —aun cuando existe también una fuerte minoría adicta a la otra fórmula— no es original suya, desde luego; pero sí encuentra en él su más elocuente predicador.

Esta campaña, a la que Ugarte dedica lo más y mejor de su actividad intelectual de varios lustros, prosigue desarrollándose intensamente hasta los años de la segunda Guerra Mundial, por lo menos; y mayormente, como es lógico, en los países de la zona próxima a los Estados Unidos —México, Cuba, Centro-América, el Caribe— donde, naturalmente, el fenómeno del imperialismo económico-político adquiere también su intensidad más absorbente. Luego, decrece, manteniéndose en grupos menores y aislados; o transfiriéndose en gran parte al campo de influencia comunista, para transformarse en uno de los aspectos más agudos de la lucha universal entre comunismo y capitalismo. El fenómeno imperialista persiste en los hechos, aunque en formas mucho menos agresivas que antes, atenuadas, disimuladas bajo los guantes

—y los discursos— de la diplomacia de “buena vecindad”. Ello se debe, por un lado, y principalmente, al profundo cambio de condiciones en la política internacional en todo el mundo, a la evolución formal del propio sistema capitalista; y por otro, también, a que los banqueros y los políticos yanquis han aprendido educación, —don de gentes— despojándose de aquella soberbia grosería de “nuevos ricos” que usaban y ostentaban al principio del siglo. A la insolencia de rudos patronos —el gran habano en la boca y los grandes pies sobre el escritorio— con que antes trataban a los sudamericanos, —sus parientes pobres— ha sustituido, en mucho, la táctica de la sonrisa, el atraerse sus simpatías y asociarlos a sus asuntos. El panamericanismo cubre al imperialismo con su manto de solidaridad y decoro. Tal vez haya también influido, en ese cambio, el propio movimiento de resistencia desarrollado durante la larga época que comentamos, y a cuyo frente, debe reconocerse, está Manuel Ugarte.

Es en este plano de acción política que han de apreciarse los mencionados libros de este escritor. Considerados como ensayística, —y a la luz de una crítica severa— no ofrecen valores mayormente ponderables. Son, por sus conceptos y por su estilo, oratoria de propaganda, demasiado verbalista. En lo sustancial, y por lo tanto en lo que respecta a sus críticas a los Estados Unidos, como en su concepción del latinoamericanismo, su criterio se nutre en “Ariel”; pero adaptándolo a esa función política, a esa literatura de acción, de asamblea. Es por tal vinculación que esa resonante campaña anti-imperialista, anti-yanqui, y pro-unidad latino-americana, desarrollada desde principios del novecientos, se define históricamente integrando el vasto movimiento intelectual arielista, en algunos de sus varios aspectos. Tal vez puede ser ésta, de todas sus manifestaciones, la más directamente relacionada con el libro de Rodó. En verdad, es como su consecuencia lógica inmediata en el plano concreto de la acción; su forma política, su aplicación pragmática. Y puesto que, estos libros de Ugarte que nombramos, contienen la prédica más señera de tal movimiento, les corresponde, sin duda, su representación en la historia intelectual de América. Tal es su lugar. Por lo demás, y en un plano de estimativa estricta de valores, es preciso decir que esos libros, aun cuando no carecen de elocuencia (tiene la necesaria para el cumplimiento de su función), se resienten de superficialidad filosófica, de carencia de fundamen-

tación sociológica seria; no van a fondo en el examen de los problemas ni intentan revisión alguna de las cuestiones; en lugar de ello ofrecen, como ya lo anotamos, abundante glosa verbalista de los tópicos ya conocidos, prodigándose en paráfrasis de elocuencia. Es imprescindible mencionarlos aquí, por cuanto representan —y documentan— ese movimiento al que nos referimos, característico de la intelectualidad latinoamericana en la primera mitad del siglo.

De los siete u ocho volúmenes, en el género del ensayo, publicados por Francisco García Calderón, versando sobre crítica literaria, sociología, culturología, etc., tales como “De Litteris” (1905), —con prólogo apadrinante de Rodó, cuya es su escuela— “Le Perou Contemporaine”, “Profesores de Idealismo”, “Hombres e Ideas de Nuestro Tiempo”, “La Europa Inquieta”, “El Espíritu de la Nueva Alemania” y otros, de tema y carácter cosmopolita, se señalan especialmente, por su mayor interés, los titulados “Les Democraties Latines de l’Amérique”, “Les Courants Philosophiques dans l’Amérique Latine” y “La Creación de un Continente”, todos ellos estudios en que el autor enfoca los problemas capitales de la realidad histórica y espiritual del Nuevo Mundo con el criterio positivista-humanista, en juego de conciliación, y en un todo (o en casi todo) de acuerdo con las normas y direcciones predicadas en “Ariel”.

Pero el positivismo humanista, o, si se prefiere, el *idealismo*, como ellos le dicen, del escritor peruano —el más prestigioso de su tiempo— en cuya prosa prima, en general, la misma preocupación formal del estilo que en el maestro (aunque, desde luego, no alcance su grado de calidad), se resuelve en un producto de alta didáctica intelectual, sí, pero que tiene mucho más de amplio discurso académico que de riguroso estudio crítico. “Les Courants Philosophiques dans l’Amérique Latine”, memoria presentada al congreso mundial de filosofía de Heildelberg, en 1908, y publicada en suplemento especial por la “Revue de Métaphysique et de Morale”, de París, tiene el mérito de ser uno de los primeros resúmenes generales de las influencias ejercidas por las diversas escuelas ideológicas occidentales en la evolución cultural de esta América, desde el coloniaje hasta principios del xx, comprendiendo, en su vasto panorama, la escolástica, el enciclopedismo, el idealismo romántico, el positivismo y otras menores. El hecho de estar escrito originalmente en francés —lengua que el escritor

peruano maneja como la propia—, se justifica, en este caso, por las circunstancias de su objetivo, ya que tal es la lengua oficial del citado congreso. No tiene igual justificación la otra (“Les Democraties Latines, etc.), aunque puede estar la suya en el noble propósito de dar a conocer en Francia y en el resto de Europa —por el uso de una lengua universalmente hablada, que no lo es la española— la vida histórica de estos países, tan poco y tan mal conocidos siempre, como tenidos al margen del ámbito cultural de Occidente.

No sabemos hasta qué punto el buen propósito que, lógicamente admitimos, en esa galiparla del ensayista peruano, se ha cumplido. Tal vez sí, en parte, reforzada esa acción por otras empresas americanistas en aquel medio, de las que es factor principal, pues a ello se debe la iniciación de ese núcleo de escritores franceses interesados en la América Latina; y mayor en su tiempo, al parecer, que más tarde, a mediados del siglo. Lo que sí se sabe es que ambos libros le han valido a su autor tan amplia estima en círculos intelectuales franceses de la época como en la misma América; pues, como sabemos, es ésta —la suya— la época de mayor “galicismo mental” de estas ex-Indias; cuando escribir un libro en francés o dar una conferencia —idem— en la Sorbona, representa, para la mayoría de la gente culta (y también para la minoría) el más alto título de intelectualidad.

También su hermano Ventura incurre en igual forasterismo idiomático, y sin duda por iguales razones, en sus libros narrativos, de tema indígena peruano, “Sueur de Sang” y “Danger de Mort”. Aunque otros muchos tiene escritos en su propio idioma —y en el de su gente— tales como “La Venganza del Cóndor”, “Dolorosa y Desnuda Realidad”, “Frívolamente”, “Sonrisas de París”, etc., cabe observar que la influencia del francés está siempre presente en el sentido de su español, como lo está en el otro, en Francisco. (También lo está en Rodó, es cierto, en cuanto iniciador de ese influjo, pero en un grado mayor de asimilación y propiedad.) Ambos Calderones pertenecen al grupo de escritores de esa generación que puede llamarse franco-americana, y que tal vez alcanza en ellos el máximo del diagrama, sin olvidar al rey de los afrancesados —y de la colonia latinoamericana en París— el ágil y profuso *croniqueur* Gómez Carrillo. Los elogios que se han hecho —en Francia y en América— a la prosa de ambos escritores peruanos (aunque la de Ventura es más literaria

que la de Francisco) corresponde a cualidades de índole típicamente gálicas.

Colaborador de “Les Annales” y otras de las principales revista francesas, prologado en sus libros por eminencias como Emile Boutroux y Raimond Poincaré, intelecto y vida de este autor se hallan identificados con aquel ambiente, en grado mayor, tal vez, que el de cualquier otro escritor hispanoamericano de su tiempo; y en cuanto tal, *bate el record* de aquellos que hicieron de París su patria adoptiva, viviendo en ella cuarenta años seguidos; desterrado voluntario desde su mocedad, sólo vuelve al Perú después de la última guerra mundial, ya terminado intelectualmente, para morir en 1953, a los setenta y un años, recluso en un sanatorio de enfermos mentales. Ello no impide, como consta, que lo mejor de su obra ensayística trate de América, de la que es, ante la intelectualidad francesa, algo así como sumo y permanente embajador.

Ese culto galicista que él, a la vez, representa ante la América Latina, pasa de época poco después de la primera guerra mundial, cuando esa generación suya empieza a entrar en ocaso, y nuevas promociones y corrientes vienen a determinar otras formas en el proceso evolutivo de la cultura. Se comprendió que el afrancesamiento del idioma y del estilo era un sofisma literario. Pero no se comprendió quizás todavía, suficientemente, que lo es también aquella otra tendencia que, so capa de casticismo, pretende remedar servilmente el vocabulario y el giro propios de los prosistas españoles, puesto que los americanos no son ni pueden ni deben ser españoles —aunque escriban en castellano— so pena de vasallaje y hasta de *pastichismo*, sino americanos, que es diferente; y por lo tanto han de escribir conforme a sus propias modalidades de carácter y de cultura. Pero, felizmente, los pseudo-casticistas (o españolizantes) son los menos; y menos cada vez, aunque quedan algunos.

Los libros de este Calderón (*airé*), crónica y crítica de la actualidad política e intelectual europea —temática muy cultivada por los sudamericanos, y que reconoce por obvia explicación el hecho de seguir siendo Europa el centro de la civilización occidental que América integra— muestran gran información y discernimiento, pero no calan hondo, aunque sí algo más que las superficialísimas del más afamado de sus antecesores, el citado Gómez Carrillo, que no pasó nunca de ser un frívolo “cro-

niqueur". No con el *esprit boulevardier* ni la bohemia elegante de aquel parisiense adoptivo —que llegara a ser, en su hora dorada y finisecular, Ganimedes escanciador del Olimpo verlaineano—, sino con cierto grave empaque académico y diplomático que es peculiar al grupo de escritores de su escuela (los Torre, Zaldumbide, Zumeta, Gil Fortoul, Balaúnde, etc.), trata los temas del movimiento europeo desde su punto de mira preferentemente ético y sociológico, en vez del estético y literario que cultivaran otros, y entre ellos su hermano Ventura, también "croniqueur" espiritual y elegante "impresionista", un poco más al modo de Carrillo, en sus varios tomos, uno de los cuales —ya de 1926— lleva el título característico —y un tanto anacrónico— de "Sonrisas de París". Francisco puede que haya sido el más serio de los cultivadores latinoamericanos de ese género.

El libro más importante de este escritor podría ser "La Creación de un Continente", felizmente escrito en castellano. Afirmación de doctrina americanista, de fe y esperanza en la potencialidad del Continente para engendrar su gran futuro, es al mismo tiempo un examen severo de los factores históricos y morales que determinan, por una parte, sus actuales deficiencias, y por otra sus amplias, promisoras perspectivas. Libro en el cual resume y supera sus otros ensayos de temas sociológicos americanos, su alta y vasta intención y su gran caudal de cultura, se resienten, empero, de un vicio de escuela, vicio que frustra, en parte, su más importante significación y su permanencia: esa contextura en exceso verbalista, ese tono engolado de alta retórica, de gran discurso académico, que caracteriza así su prosa como su ideología. Sin la severidad de más escueta disciplina científica, su ensayo no llega a lo medular en el análisis de los problemas concretos de la realidad histórica y del proceso cultural que trata, planeando en la altura de una elocuencia literaria, muy doctoral, pero débil de sustantividad intrínseca. Su punto de vista es más francés que americano —por cuanto su mentalidad es de tipo netamente francés— y por más que, debe reconocérsele, se esfuerza en la posición de un sincero americanismo. Aun así, ha de contársele entre los ensayistas de su época que han aportado más noble empeño a la formación de una conciencia americana, basada en el conocimiento de la propia realidad moral y física y a la afirmación de una personalidad continental.

\*  
\* \*

"Idola Fori", de Carlos Arturo Torres, publicado en 1910, es otro alto ejemplo de verbalismo ideológico y literario, de planteamiento y estilo académico, doctoral, aplicados a una realidad problemática, en cuya oscura y compleja entraña sociológica no penetra; sólo planea sobre ella desde su altura. No se pueden manejar ciertas realidades con el guante blanco del "bello estilo", ni entrar en ciertos problemas genuinamente americanos sin más instrumental que la docta preparación libresca del catedrático. Este escritor colombiano, político y diplomático, que en 1900 es ministro de Hacienda y Tesoro del presidente Marroquín (sumo académico) y luego ministro plenipotenciario en Caracas a tiempo de morir —año siguiente al de aparecer el libro que comentamos—, cuenta en su índice bibliográfico otros trabajos, en el mismo género del ensayo, tales como "Estudios Ingleses" y "Literatura de Ideas"; ello, además de obra poética, contenida en el título "Poemas Fantásticos", publicado en París, de gran gala, y dentro del cual consta alguna composición que, como "La Abadía de Westminster", es considerado por la crítica coterránea *cumbre del Parnaso colombiano* por su elevado espíritu filosófico y la severidad parnasiana de su estilo. Pero fijaremos nuestra atención en "Idola Fori", el libro prologado por Rodó (en su segunda edición), que le ha dado fama continental de gran ensayista, comprobando una vez más esa posible ley de nuestro desarrollo, por la cual se determina que, en América, sólo alcanzan verdadera repercusión y posterioridad los libros que tratan de América. Se dan algunas raras y relativas excepciones.

Siendo los "Idola Fori" de que se trata en este libro, aquellos que en el lenguaje de Bacon, corresponden al tercer grupo de esa especie psíquica que comprende los errores, perjuicios, simulaciones, mitos, etc., predominantes en la vida pública, en el *forum* político-social de las naciones (falsas ideas como los ídolos son falsos dioses, en cuanto se oponen al juicio lúcido y verdadero de la razón) lo que interesa mayormente —por ser la parte original de la obra— es su aplicación al estudio de la realidad política latinoamericana, en cuanto este ofrece rudo contraste con los principios y las normas de buen gobierno que exigen

las sociedades civilizadas contemporáneas. El libro parte de la crítica de Rodó, en "Ariel", acerca de los valores y formas negativos que puede adoptar la democracia sin la asistencia vigilante y normativa de un espíritu de cultura humanística superior, tales como los que en la tercera parte de aquel libro se señalan en la realidad de los EE. UU., y contra los cuales aconseja a la juventud de América Latina prevenirse y reaccionar. Torres llega a la conclusión de que el remedio de los males que padece esta otra América, la del Sur (cuyos fundamentales vicios señala) está en la tutela política ejercida por la minoría intelectual, la de los doctos (ya que no tanto como la de los sabios, cual quería Renan), pero acercándose a aquel ideal tanto como los principios democráticos lo permitan, sin escándalo. Torres toma el problema planteado por Rodó, y en sus mismos términos; la conclusión es la misma; pero más concretamente aplicados sus conceptos generales, universales, a la realidad del Continente, en cuya pintura no escatima esos colores sombríos que ya son clásicos en el ensayo sociológico americano. El ensayista colombiano despliega en este plan, a través de las doscientas y tantas páginas del libro, excesivamente nutridas de citas —igual, en esto, como en otros aspectos, a los ensayos de García Calderón— todo un vasto aparato de filosofía de la historia y de sociología universitaria en relación con el tema de la realidad que trata. El aparato libresco es un poco excesivo, en todo caso pesado, y parece responder, más que a una exigencia argumental estricta, al fin de dar una base de autoridad doctoral al autor. Pero ocurre que Torres no es, tampoco —como no lo es el otro ensayista antecitado, y aun tal vez en menor grado que aquél— ni un intuitivo ni un técnico, en materia sociológica, y menos en relación con la realidad original concreta que estudia; y su exposición del fenómeno real que intenta estudiar se mantiene en aquel mismo plano formal de la alta disquisición académica, en la cual siempre es más de admirar el brillo intelectual del discurso que la sustancial autenticidad del concepto.

Por lo dicho se infiere ya que su ensayo padece de enciclopedia libresco y de vaguedad literaria; carece de metodología sociológica precisa, de un orden dialéctico severo y aun de una estructura orgánica firme; y por tanto no llega a conclusiones muy definidas, quedándose en las palabras. La posición conciliadora y ecléctica que ha aprendido de Rodó, le hace an-

dar buscando equilibrios dialécticos —más retóricos que positivos, desde luego— entre tradición y renovación, entre el concepto romántico de la historia —el carlyneano— que la cree movida por el genio original de los grandes hombres, y el opuesto, determinista, positivista, que la considera regida por los factores objetivos; y ello, así como el medio ecuánime entre individualismo y estatismo, entre conservatismo y revolución, siempre bajo el predicado de una evolución racional, no va más allá de las fórmulas verbales.

Su tesis parecería plantearse dentro del concepto positivista de la historia como lo atestiguan las abundantes citas de psicólogos y sociólogos de tal escuela, correspondientes a la segunda mitad del XIX, entre los cuales se destaca, por su frecuencia, Le Bon, irguiéndose como su favorito sobre la gran plataforma del evolucionismo spenceriano que aparece como su base (las citas de Spencer son también reiteradas); pero se aparta del criterio científico y realista —por falta de rigor lógico, aunque él supone que es por amplitud ecléctica— elevándose luego, con toda esa pesada carga, a las "nubes" de un idealismo humanístico meramente literario. Sigue la lección de Próspero, pero no logra salir victorioso, como el maestro, en el difícil arte de las conciliaciones; se ha comprometido demasiado con la sociología y la psicología científicas; y al querer remontarse, su voluminoso equipaje de citas, demasiado pesado, cae a tierra y deja sus palabras vacías.

La preocupación constante de la forma en la prosa armoniosa y solemne de todo el libro, rico de léxico, arquitectural de párrafos, culmina en la alegoría final, especie de parábola digna de "Motivos de Proteo". Esa barca en que van tres mujeres —bajo relieve del *Petit-Palais* en la Exposición de París— la una, vuelta a la nostalgia de la costa, de la cual se alejan, que es el pasado, la otra fijando una mirada escrutadora en el horizonte del porvenir, hacia el que se dirigen, y la tercera atenta al timón que rige con mano firme, representan, cuerdamente, en su unidad simbólica, la imagen del arielismo; y en forma tan bellamente literaria como algunas de las del maestro, de quien Torres pudiera ser el máspreciado discípulo —sino lo es García Calderón— aunque no pueda decirse de él ni del otro que, como en la *Despedida de Gorgias*, le hayan vencido con honor.

Bien mirado, el arielismo, tal como se presenta en estos sus discípulos —los de Próspero— ha sido como un alto plano intelectual puesto sobre la tierra del positivismo científico, plano de ideas platónicas cerniéndose sobre la realidad sociológica americana; pero entre ambos planos, entre ambos mundos, no ha habido, en verdad, más relación que la de las palabras. El idealismo arielista no ha tenido en este autor —como tampoco en los otros, sus congéneres— la suficiente fuerza dialéctica para domar y dirigir con firme rienda conceptual al Calibán de oscuro y ominoso imperio que es la realidad político-social del Continente. Por que éste —y no aquel de la parábola de la barca y las tres doncellas, muy bella aunque trasunto del relieve del *Petit-Palais*— debía ser el sentido del capítulo final del libro, si el arielismo del autor fuera menos literario. Compruébese que en lugar de ser una doctrina de profundización heroica en esa realidad que encara, el libro no es sino una evasión intelectual, por vía libresca y retórica. Imaginemos, sin embargo, lo sabio y hermoso que debió parecer ese libro del ensayista colombiano, con su lujo de citas científico-filosóficas y su gala de estilo, en la época de su aparición...; y libro para cuya segunda edición, como ya vimos, escribe Rodó el mejor de sus prólogos patrocinantes.

\*  
\* \* \*

Tal vez no parezca muy lícito, es decir, exacto, incluir entre los arielistas prominentes de la época al venezolano Vallenilla Lanz, autor de "Cesarismo Democrático"; pero su ensayo tiene una evidente genealogía arielística, aun cuando luego el autor resulte un herético repudiable; Vallenilla es, a pesar de todo, un discípulo de la escuela, aunque sea un discípulo traidor. Su punto de partida ideológica está en Rodó, pero su dirección se desvía y descarría luego, yendo a parar a conclusiones que, no sólo no concuerdan con las de "Ariel", sino que las subvierten y desfiguran. Ello ha redundado en falsos juicios acerca de la escuela misma, como ocurre con el crítico Luis Alberto Sánchez, en cuyo ensayo "Balance y Liquidación del Novecientos", se carga a la cuenta del arielismo y su desprestigio los errores propios

de este autor y de este libro, juicio que el buen discernimiento no autoriza.

El autor de "Cesarismo Democrático" pertenece —como César Dominici, José Gil-Fortoul y otros escritores venezolanos de esa generación— al grupo de intelectuales que sirven (y se sirven) al y del régimen de despotismo militar implantado en aquella república durante todo el primer tercio del siglo xx, y que no es, en verdad, sino la renovada prosecución de la serie de regímenes análogos anteriores, tales como los de Cipriano Castro y Guzmán Blanco, en el último tercio del xix. Necesario aunque lamentable, es anotar que los escritores de ese grupo palaciego han sido hombres de cierto talento, y como tales, de lo mejor que, intelectualmente, ha dado Venezuela en su época; y ello, aunque la justa vindicta de la opinión liberal de su patria haya hecho caer sobre sus cabezas la execración pública, al producirse la caída revolucionaria del régimen que sostenían con su pluma pretendiendo justificarlo. Gil Fortoul, humanista y polígrafo de entidad, que hacia los años del 90 y 91 había dado a la literatura jurídica obras tan serias como una "Filosofía Constitucional" y una "Filosofía Penal", de excelente doctrina, da, así mismo, en el 96, uno de los ensayos sociológicos más importantes que se hayan escrito en su país: "El Hombre y la Historia", libro este que posee, además, el interés de ser una de las principales piezas representativas del positivismo de América Latina, y fruto inmediato de las tendencias impuestas a la cultura universitaria venezolana por el célebre déspota ilustrado que una vez más citamos, el general Guzmán Blanco. Personalidad múltiple, renacentista, da, así mismo, en el género puramente literario, libros de tan fina calidad estética como "Ensayos", "Sinfonía Inacabada", "El Humo de mi Pipa" y otros, publicados en París, donde ocupa la representación diplomática de su patria (y donde, hacia 1907, es actor por motivos literarios en uno de aquellos famosos duelos de la época, con su colega, el no menos espadachín Enrique Gómez Carrillo). Pero, he aquí que, después de todo esto, da al escándalo público su obra más conocida: "Historia Constitucional de Venezuela", libro absurdo si los hay y como no pueden serlo los de su materia. En este atentado, el autor empeña y compromete hasta la ruina su vasta erudición histórica y su ciencia jurídica, para falsear la historia y el derecho, obligándose a justificar todas las subversiones constitucionales habidas y por

haber, y, especialmente el gomezalato, más que probable finalidad directa y sin razón de ser del libro. Para ello, se ve necesitado, aparte de otras vergüenzas, a ocultar toda la abyecta secuela de crímenes, latrocinios, corrupciones, etc., que son harto notorias, y de lo cual se hace doble cómplice como escritor y como funcionario.

Venezuela es patria de muchas glorias, empezando por la de Bolívar en lo político y la de Andrés Bello en lo intelectual. Pero debe cargar también con el pecado de ser, tal vez, el único país de América, donde algunos de sus escritores de alcurnia se han solidarizado doblemente con los regímenes del desgo-bierno más ominoso. De estos regímenes han padecido —y padecen— casi todos los países del Continente; mal endémico sud-americano éste, cuyas generalidades, ya estudiadas, son comunes; pero también es lo común y general que, al menos las clases intelectuales, salven el honor nacional, oponiendo a tales oscuras realidades el combate panfletario de su pluma; y hasta el de su sangre misma si es necesario. Un valor siempre se ha salvado: el de la inteligencia. La profusa literatura política es testimonio de esa rebeldía del espíritu contra el bandidaje oficial. También —justo es reconocerlo—, ese honor es salvado y esa función cumplida en Venezuela misma, durante el gomezalato, por algunos de sus escritores de mayor prestigio. Mas, el hecho es que algunos otros de ellos, y de prestigio no menor, se convierten en abogados y cómplices de las satrapías —y no gratuitos, siquiera, sino bien rentados con canongías diplomáticas y otras pre-ventas— procurando en vano justificar, histórica y doctrinaria-mente, el cesarismo militarista bajo el burdo disfraz de la formalidad republicana.

“Cesarismo Democrático” de Vallenilla Lanz, es, precisamen-te, un ejemplo de cómo la explicación que da de los hechos el determinismo sociológico, dentro de la teoría positivista de la historia, puede confundirse sofisticadamente con la justificación política y moral del hecho, instaurándose un criterio pseudo-realista, vehículo de las peores renunciadas del espíritu a sus propios derechos y funciones.

Cierta escuela dentro del positivismo tiende —entonces— a confundir explicación con justificación, incurriendo de buena o de mala fe en esa aberración criteriología que da origen a libros como los que ya comentamos. La posición de Vallenilla Lanz, es

la misma en que se halla el ya citado Gil-Fortoul, su coterráneo, autor de esa absurda “Historia Constitucional de Venezuela”, que, para ser fieles a la verdad de su contenido histórico y a la lógica, debería llamarse “Historia *Insconstitucional*”.

Vallenilla —también plenipotenciario y además presidente del senado de Gómez y director del principal diario oficialista (to-dos lo eran), incendiado por las turbas caraqueñas el día en que es depuesto el famoso mulato— funda su tesis en el hecho de la incapacidad real de los pueblos sudamericanos en general —he-cho, por lo demás, ya perfectamente aclarado por todos los so-ciólogos (empezando por Bolívar, aunque no le convenga este título), para deducir de ello conclusiones favorables a las dic-taduras militares, admitiéndolas, no sólo como inevitable y la-mentable imposición de condiciones de hecho, de circunstancias y factores empíricos, sino como tuteladas necesarias y benéficas; siempre, empero, que les preste su colaboración la *élite* intelectual, dando lugar así a la formación de un gobierno de la espada al servicio de la civilización, régimen este, según el autor, el más adecuado y conveniente a estos países. Los universitarios, los técnicos, los escritores, constituidos en alto cuerpo de conse-jeros y ejecutores del César militar, cuya autoridad absoluta ga-rantiza el orden y la soberanía del Estado; tal la tesis que él mismo empezó por poner en práctica, oficiando durante largos años de áulico consejero y funcionario de la tiranía —espléndi-damente pagado, desde luego— si bien en el resultado de tal experiencia política, consta la refutación más terminante a su propia tesis de ese libro (que, por otra parte, y para mayor es-carnio de la ensayística americana, está magistralmente escrito). Sí, señor, “Cesarismo Democrático” es uno de los libros mejor escritos de Venezuela y de la América Latina; robusto, ceñido, brillante, de una contextura dialéctica vigorosa, afirmado en una aguda crítica de los hechos, bien nutrido de ciencia sociológica y constitucional; y todo ello puesto al servicio de una falacia fundamental, de una monstruosa alcahuetería, señala a Vallenilla como el mejor abogado del diablo en este mundo del ensayo po-lítico americano.

Obsérvese que la tesis de “Cesarismo Democrático” coincide, por una parte, con la doctrina anterior de los “científicos” me-xicanos que auspiciaron el porfirismo, a cuyo frente hallamos a Justo Sierra (aunque éste, posteriormente, acusara disidencias

con el régimen, reconociendo, en cierto modo, su error); y, más profundamente, con aquella teoría de la dictadura republicana, predicada por Augusto Comte y sus discípulos, de la que se hace paladín el bizarro chileno Lagarrigue, "leader" *boulangériste* en Francia a poco de instaurada la tercera República. Por otra parte —como ya vimos— la tesis vallenillista presenta una directa conexión con la teoría política de Renan —censurada por Rodó en "Ariel"— acerca de la dictadura oligárquica de los sabios. La utopía de Renan no incluye al dictador militar, al sátrapa tutelar, a los Gómez, cuyo árbol sigue dando sus frutos en esta América; pero esta es una adaptación de Renan a las condiciones de hecho típicamente sudamericanas, por las cuales, todo poder político real reside en el ejército y sus generales; y configura una alianza espuria entre la dictadura *boulangérista* de los discípulos de Comte y la alta oligarquía académica de Renan. "Cesarismo Democrático" podría ser así una versión sudamericanizada, venezolanizada, de la fórmula Comte-Renan, sobre la base del poder militar del generalato. Pero es digno de comprobarse que, tal espuria utopía, aunque parezca fundarse en un criterio estrictamente positivista, en el determinismo sociológico de los factores y condiciones de hecho, en la experiencia histórica resulta prácticamente un fracaso, pues no sólo el régimen que instaura no asegura el gobierno de los mejores; sino que cae en el de los peores; y después de un sombrío proceso de baja tiranía, acaba hundiéndose en la propia descomposición, bajo el peso de la infamia y de la vindicta. (Lo cual no quiere decir que el fenómeno no se repita generalmente poco después, con o sin teoría, en una identidad inevitable del mismo proceso, pues iguales factores vuelven a producir iguales efectos.)

Vallenilla, discípulo infiel de Rodó es, a su vez, maestro de una escuela de falsos demócratas, cuya gruesa sofística opera más o menos en torno de ese cesarismo "teórico y práctico" del ensayista venezolano, el cual viene a resultar así representante conspicuo de toda una fauna intelectual que reaparece y prevalece en torno de cada dictadura que sobreviene en los países americanos, hoy como ayer afligidos del mismo mal. El libro de Vallenilla resulta, pues, de un interés vigente cuarenta años después de su aparición.

No obstante la falsedad —y aun podría decirse, la inmoralidad de su doctrina— tal engendro de Vallenilla Lanz tiene el

mérito de exponer tan crudamente como otros críticos no lo han hecho, el arduo y dramático problema de la precariedad del orden constitucional en esta América, analizando los factores reales que determinan sus continuas crisis, sus repetidos fracasos, ese estado de anormalidad y subversión casi permanente en que transcurre la vida política de la mayoría de las repúblicas sudamericanas. Esa realidad ha sido expuesta por otros ensayistas de prestigio; pero Vallenilla lleva ese análisis a un mayor grado de agudeza y de crueldad que los otros ensayistas del tema —Arturo Torres, García Calderón, etc., por ejemplo, en sus ya anotados libros. Además, las mismas conclusiones cesarísticas de su tesis —cuya falsedad hemos ya apuntado— ponen el dedo sobre una vieja llaga y con crudeza cínica renuevan ese tópico de las dictaduras tutelares que apareció en la vida americana al día siguiente de la Revolución de la Independencia, y como fruto envenenado de aquel árbol, bajo la sombra de los libertadores. Aunque sea desagradable a la conciencia de la intelectualidad americana, hay que reconocer que esta teoría del cesarismo democrático, está lejos de ser ni arbitraria ni foránea: arraiga, por lo contrario, en la más dramática realidad y en la más compleja problemática del Continente; es perfectamente hispanoamericana, en cuanto representa de modo culminante —en la aberración misma de su doctrina—, un fenómeno propio de las vicisitudes de la civilización occidental, en el duro proceso de su adaptación a las condiciones de esta realidad histórica.

\*  
\* \*

Puede también situarse dentro de esta misma promoción intelectual al colombiano Miguel Jiménez López, autor de "La Degeneración de las Razas Americanas", libro de tesis radicalmente pesimista acerca de los caracteres intelectuales y morales resultantes del doble fenómeno de la mestización y las influencias telúricas, conspirando de consuno contra el tipo humano general del Continente. Problema biológico y psico-social complejo y peligroso —el mismo ya tratado, dentro del positivismo científico, por Bunge, en "Nuestra América", libro con el cual éste se corresponde, como todos los problemas que atañen a las realidades americanas— es abordado por el autor, no ya con cri-

terio puramente científico como aquél, sino apoyándose también en criterios más ampliamente filosóficos, como que se remontan más allá y a través del humanismo, hasta la escolástica... Presenta así una mezcla muy singular y bizarra de positivismo y de idealismo conceptual, no siempre perfectamente conjugados en su lógica interna, cuyo elevado y solemne tono académico, revelador de una vasta cultura universitaria, así clásica como moderna, se ve algo contrastado por el pesimismo de sus conceptos. En esto, el libro —que suscita grandes controversias durante más de un lustro (del 20 al 25) en Colombia y en los países vecinos, el área regional que en época de felices y frustrados augurios se llamara La Gran Colombia— se identifica con la mayor y mejor parte de la ensayística continental anterior acerca de tales problemas americanos de fondo, con respecto a los cuales, ese mismo pesimismo, que es constante en cuanto atañe a lo real y actual, está sistemáticamente contrarrestado por la postulación terapéutica, étnica y espiritual (se olvidan de la económica); tales, el aporte de nuevas inmigraciones europeas y planes educativos populares y rurales intensos, teniendo generalmente por norte el *self-made-man* norteamericano. Así desde Alberdi y Sarmiento. Pero “La Degeneración de las Razas Americanas”, aunque no se define estrictamente dentro del arielismo (pues le falta su dialéctica de conciliación y equilibrio) participa de su ideal de cultura humanística latina, apartándose del pragmatismo saxo-americano que es el ideal regenerativo de aquéllos; y de otros.

Los libros y autores reseñados someramente en esta nota, están muy lejos de agotar, por cierto, la extensa bibliografía continental de esta promoción arielista, en la que figuran títulos tan celebrados como “Camino de Perfección” del venezolano Manuel Díaz Rodríguez, (1907); “Rodó”, del diplomático ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide (quien, sin embargo, intenta cierta crítica del maestro); los varios libros político-filosóficos del peruano Andrés Belaunde, o los de Zumeta, o los del uruguayo José G. Antuña, “De Literes”, “El Nuevo Acento”, etc., culminando en “Un Panorama del Espíritu”, en el cincuentenario de “Ariel”, con el cual los ecos de esta modalidad llegan hasta mediados del siglo.